

## CLASICOS COLOMBIANOS

MANUELA

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

La cosa ocurrió de la manera más sencilla y curiosa al mismo tiempo.

Un día, presentose a Vergara y Vergara, en traje de campesino, Eugenio Díaz. Le traía, para que los conociera, unos manuscritos suyos. Y venía a proponerle, además, la fundación de una revista literaria.

“El 21 de diciembre de 1858 —escribe Vergara y Vergara al relatar el incidente— estaba yo en mi cuarto de estudio, en ocupaciones bien ajenas a la literatura, puesto que eran libros de cuentas los que abrían sus páginas ante mi, cuando tras de un golpe que sonó en la puerta y un “¡adelante!” con que respondí al golpe, se presentó en mi cuarto un hombre de ruana... En el breve instante dentro del cual nos saludamos y nos sentamos, uno al lado del otro, eché una rápida ojeada por toda la persona de mi visitante. Era un hombre de edad madura: las canas de su cabeza acusaban en él cincuenta a sesenta años; pero la vivaz mirada de sus ojos, que atravesaba poderosamente los lentes de sus espejuelos, le daba un aspecto juvenil que contrastaba con su cabeza blanca. Venía primorosamente afeitado y aseado. Vestía ruana nueva de bayetón, pantalones de algodón, alpargatas y camisa limpia, pero sin corbata y sin chaqueta”.

Al anunciarle ser escritor de “costumbres del campo”, Díaz puso en manos de Vergara y Vergara unos “veinte cuadernillos de papel” en donde corría escrita la *Manuela*.

Ojeolos Vergara y Vergara. Y cautivóse con los pasajes leídos. Aquello, realmente, era digno del mejor interés. Como también lo era la idea de la publicación de la revista. La que, en efecto, a poco vio la luz: *El Mosaico*.

En esa memorable revista se publicaron los primeros capítulos de la *Manuela*. La que después vino a aparecer completa en la colección de *Cuadros de costumbres* que la redacción de *El Mosaico* editó en 1866, al año siguiente de la muerte de Eugenio Díaz.

\* \* \*

De tal manera, nació a la fama y sentó posición de literato el autor de *Manuela*, *Los Aguinaldos en Chapinero*, *Una ronda de don Ventura Ahumada* y otros escritos de costumbres. Posición lograda como algo muy espontáneo, sin grandes esfuerzos intelectuales ni recia disciplina de escritor, sólo dando rienda suelta, por así decirlo, a su vocación de costumbrista, a su innata facilidad para escribir y a su extraordinario sentido de observación de la realidad. Ya que Díaz fue, como se ha repetido, hombre de cortas letras. En su obra, pues, apenas se limitó a copiar lo que veía, los personajes y cosas de su tiempo y de los sitios en que le tocó vivir.

Nacido y criado en *Puerta-Grande*, hacienda perteneciente al patrimonio de su familia, desde sus primeros años vivió en los medios que después vinieron a suministrarle la materia fundamental para la redacción de sus obras. Sus estudios en Bogotá fueron de muy breve duración. Toda su existencia, casi exclusivamente, estuvo ocupada en faenas agrestes, ya en la heredad familiar, ora en las estancias en donde le tocó dirigir trapiche como mayordomo. Tal fue la esencial y plena experiencia de su vida. Experiencia que importa de modo definitivo considerar en él, ya que ella fue el factor determinante e integrante de su producción literaria.

\* \* \*

Escritor Díaz, por lo tanto, más por el impulso de un vigoroso temperamento de tal que por disciplina de letrado, no se busquen en *Manuela* —así como en sus otras producciones— primores de dicción, atildado decir, calidades estéticas. Díaz es primordialmente un narrador fácil y muy natural y un pintor relevante de las personas, cosas y medios que describe. Sin que, en tratándose de personas, desde luego, sea un retratista propiamente psicológico.

Mejor que por su anécdota novelesca, simple y débil en extremo, la *Manuela* interesa por ser una viva, amena y variada sucesión de cuadros de costumbres.

La heroína, la ingenua y simpática Manuela, es el centro en torno del cual Díaz dispuso sus otros personajes (don Demóstenes, el cura, don Tadeo, hacendados, arrendatarios rústicos, peones y toda clase de lugareños) y sus fieles descripciones de ambiente. Víctima de infames maquinaciones, parece trágicamente al final de la obra, en un desenlace un tanto acomodaticio. Carácter tratado cordialmente, bien representado en sus sentimientos, cautiva de inmediato el ánimo del lector. Sólo que en veces el costumbrista pone en boca de ella —muchacha de aldeana sencillez, carente de cultura, que “no pasaba todavía de los 17” años— frase en disonancia con la idiosincracia de que la ha investido.

Algunos de los personajes y muchas situaciones de la novela reflejan aspectos del estado social, la vida política y la lucha de ideas de la época —hacia 1856— en que Díaz ubica su argumento. “Algo —escribió Salvador Camacho Roldán— de esta lucha de ideas de ese tiempo se encuentran también en las frecuentes alusiones de la *Manuela*, cuyo autor, afiliado en el campo conservador, nos presenta en el cura y uno de los propietarios rurales más respetables, los representantes del bando conservador; en don Demóstenes una caricatura, simpática en lo general —pero injustamente ridícula en alguna de sus manifestaciones— del partido gólgota; y una figura repugnante y odiosa del liberal antiguo, en el tinterillo don Tadeo”.

\* \* \*

Ser, pues, una interesante sucesión de cuadros de costumbres, de ceñido realismo, constituye sin lugar a dudas el valor predominante de *Manuela*.

De cuadros de costumbres de la población (“En las caídas de la gran sabana de Bogotá se encuentran algunos caseríos con los nombres de ciudades, villas o distritos, de los cuales uno, que ha conservado entre sus habitantes el grato nombre de parroquia, es el teatro de esta narración”), así como de los sitios agrestes en donde ocurren los incidentes relatados.

Localismos de toda índole; la vida en los trapiches, en las ventas y posadas; típicas celebraciones pueblerinas como las de Corpus o San Juan; pinturas de la naturaleza de nuestras tierras templadas y cálidas; múltiples escenas campestres. Todo, con admirable captación de lo vernáculo y segura profesión de objetividad.